Trasca la Tonta

Carmen de Burgos (Colombine)

EL LIBRO POPULAR

20 cts.

El número próximo

Un asunto en extremo sugestivo, un ambiente netamente madrileño y personajes de carne y hueso, han servido á Fernando Mora para hacer una novela bellísima.

La plaza de la Cebada, tal es el título de la obra de Fernando Mora, tiene descripciones y tipos que solo se dan en Madrid y en los que el autor se acredita de novelista observador y sutil.

Los dibujos de Blesa son, asimismo, muy acertados.

VIENTOS ROJOS (1)

. . . . . .

Dormía Naná.

Esta noche, dormía sola, en plena posesión de su soledad, estirada cuanto era de larga y de ancha —que no era poco—, dueña por entero de su cama de barco que la espléndida compartió con tantos...

Cuando las mujeres mundanas duermen solas, se retrata en su rostro tal placidez, adquieren tal expresión de inefable tranquilidad, que creyéraseles ángeles dormidos. Preciso es que los machos seamos bien egoístas para molestarlas en esas noches que ellas estimarán, tal vez, interminables.

¡Muy molestos los hombres! Pero, no obstante, Naná, después de su escandaloso debut en el Teatro Arnau, jamás quiso privarse de acarrear un pichón á su nido, desde el cazadero de la Rambla, como se llamaba, humorísticamente, al Petit Pelayo.

¡Pichones! ¡Y también palomos! ¡Y palomos ladrones, en alguna ocasión!

En esta última categoría de volátiles podía clasificarse á Rafael Casañas

César Jalón

María le dió caza en la calle del Conde del Asalto. Fué una «caza á tenazón», como decía la protagonista, comentando el lance en estos términos:

«Acababan de cerrar una puerta violentamente, como si con ella le hubiesen dado á alguien en las narices, detonó el ruido con estridor de un cañón que estalla. . A lo largo de la acera, adelantá á grandes pasos, un hombre: un hombre joven que huye... Dos brazos femeninos se agitan en el aire y caen sobre el fugitivo estrechándole, aprisionándole y zambulléndole, por fin, en una berlina .. ¡Zás! Naná, la opulenta Naná, formidable bailadora de rumba y matchicha, ha cazado; Naná la Cazadora, ha dejado chiquita á una tal Diana, de idéntica profesión!.. »

Como Rafael Casañas, entraron en aquel palomar rojo de Naná muchos otros pichones, cazados por semejantes procedimientos, en circunstancias así de extrañas, lo que constituía un *sport* demoníaco en esta caprichosa. A estos pichones los llamaba Naná: «Pichones honorarios». Casi todos levantaban el vuelo al siguiente día para nunca más volver.

Pero Rafael afincó en el cuarto rojo. ¡Oh, sí, muy rojo, en efecto, como pudo comprobar á la mañana, cuando incorporándose en el lecho oteó el «paisaje»! Rojos eran los muebles, los tapices, los hilos de la instalación eléctrica, los estores de las ventanas; pero todo de un rojo bermellón irritante... ¡Hasta el «Sant de lit» de aquella hermosa cancerbera, hasta la propia cancerbera tenía roja la carnación, y brillaba, al moverse acá y allá, como una bengala en la agonía!

El «pichón honorario» no tardó en hacerse propietario del local y, lo que fué

(1) Libro próximo á publicarse, por César Jalón.

EL LIBRO POPULAR
REVISTA LITERARIA
Núm. 26.—30 Junio 1914.

Director
ANTONIO DE LEZAMA

FRASCA LA TONTA

Desde la llegada de los mineros la paz del pueblecillo se había alterado de un modo alarmante. Aquellas brigadas de trabajadores, venidas de Mazarrón, para explotar los registros en los que el análisis de mineral había acusado la presencia del oro, cambiaba la vida sedentaria y monótona de los campesinos de Rodalquilar, sacudiendo su pereza moruna y la indolencia, muelle en que se adormecían las pasiones fogosas y salvajes.

Aquella derivación de la cordillera ibérica, que se suponía preñada del precioso metal, iba á sepultarse allí en el agua para reaparecer en la fronteriza costa africana, como si el mar que separaba los dos continentes fuese para su grandeza un simple arroyo, incapaz de destruir su unidad, de suelo, de clima, de raza y hasta de costumbres.

Rodalquilar era un repliegue de la montaña, un hueco semejante á un anfiteatro, cuyo lado costero se había derrumbado para que le hicieran florecer el mar y el cielo.

Se aislaban los cerros altos, desiguales, roquizos, dificultando la comunicación con la tierra; y su playa mansa, de arenas menudas, calcinadas, resecas, como molidas por la acción del sol y del viento, no presentaba calado para que pudiesen llegar más embarcaciones que las lanchas pesqueras, de carboneras y escuyos, que iban á echar allí sus jábegas, conduciendo á su bordo todo un pueblo nómada y pintoresco, de mujeres descalzas, hombres de rostro rosado y gorros rojos y chicuelos vestidos de anchos calzones de bayeta amarilla.

Eran éstos, con algunos arrieros y mercaderes ambulantes, que se arriesgaban á bajar con borriquillos las difíciles cuestas de las Carihuelas ó de Las Piedras, los únicos séres extraños que periódicamente

hacían su aparición en el valle. Se pasaban los años sin que á la puerta de un cortijo llegase una cara nueva.

No había nadie extraño en el valle más que aquellas cuatro parejas de carabineros, que al mando de un sargento ocupaban la *Caseta* para vigilar las costas. Estaban siempre con ellos, en continua lucha, lucha reservona, hipócrita, disimulada, con la cachaza campesina. La misión de los carabineros era allí inútil, pasaban todos los alijos á ciencia y paciencia de que eran impotentes para evitarlo. Las noches de Levante, doblando Punta Polacra, más allá del Cerro de los Lobos, y en protectoras ensenadas del Carnaje y Peña Negra y en las de Poniente por el Cerrico del Romero, ó por la playa del Castillo.

Los carabineros estaban siempre en un brete; sabían que no podían fiarse de nadie y esto despertaba su brutalidad. Se vengaban de los campesinos, acudiendo á los cortijos en que había mujeres mozas y casadas apetitosas, en vez de guardar la playa. Eran frecuentes los casos de encontrar carabineros muertos á puñaladas en medio de un camino, y á veces también se halló algún paisano traspasado de un ballonetazo en su propia hacienda, cuando velaba su novia ó hacía la guarda de sus cosechas.

Y no era que el sentimiento del honor se conociera allí, en la medida y el concepto que generalmente tiene. Sus venganzas eran por la pasión de amor propio ó la irritabilidad del momento. Entre ellos luchaban por pasiones; para los carabineros había siempre un odio latente de raza implacable. No se dió jamás el caso de hallar un delator. Todos sabían callar ante la justicia. Ningún testigo daba el menor detalle. Se protegían hasta los mismos que se odiaban, y que en vez de darse las gracias, dirimían sus contiendas á mano armada ó herían por la espalda á su rival agazapados detrás de las matas al borde del camino.

Allí se criaban muchachas y muchachos resueltos, ayudando á los trabajos desde que podían ir á guardar los animales al campo, ó arrear la vaca que da vueltas á la noria, clavándole la ahijada para evitar que se pare; y lo mismo hacían esto las muchachas cuando no había hijos varones, que si no había hembras en la prole, los muchachos traían el cántaro, fregaban los cacharros y arrarraban á los más pequeños.

La distinción de sexos venía con la pubertad; se exageraba el recato y la separación, con sabiduría experta para despertar el deseo, y cada moza veía á su alrededor pretendientes, con los que era preciso acentuar el desdén por mucho que le importaran.

Los noviazgos tenían su protocolo, sus visitas de reglamento, sus regalos obligatorios. Cuando el padre del muchacho ó el pariente más cercano iba á ver al padre de la novia con manojo de esparto cocido y majado bajo el brazo, y sin dejar de labrar su crineja para darle la noticia:

—Me parece que los chicos se quieren.

El padre de la muchacha respondía:

—Pus vamos á casallos.

Ya estaba todo hablado. Una rezadora vieja tomaba á su cargo enseñarles la doctrina para que fueran á Níjar á celebrar las bodas; pero los novios rara vez la aprendían y sólo llegaban al matrimonio los labradores ricos que formaban su aristocracia. Los braceros acababan siempre por juntarse, esconderse unos días por los vericuetos de la sierra, pedir perdón y vivir luego tranquila y maritalmente sin dar de comer á los curas.

Los chicos se bautizaban porque el alcalde pedáneo les obligaba á llevarlos al

pueblo, pero no podía impedir á veces que, aprovechando la noche, enterraran sus muertos en las orilla del mar. ¿Para qué llevarlos terciados en la bestia al camposanto, si el mar está bendito por Dios y tiene las aguas sagradas.

Al través del tiempo el aumento de familias, que parecían crecer allí arraigadas á la tierra, trajo un exceso de habitantes. Los hombres tenían que emigrar los inviernos á Argelia y volver en el tiempo de las recolectas. Las mujeres se las apañaban solas. Nunca faltaba caridad para vivir todos y ninguno se inquietaba por la fidelidad que le guardase su hembra. No se daba jamás el caso de que se separasen aquellas parejas, libremente unidas, pero el hombre que demostrara cariño ó confianza, se consideraría en ridículo. Había que tratar á la mujer con la cara fosca, de señor y dueño que ordena, y si alguno le preguntaba á otro alguna vez:

—¿Cuántos hijos tienes?

La respuesta invariablemente, era siempre:

—Tres, ó cinco, ó uno, han nacido en mi casa.

No les faltaba razón. Gente pobre, indolente, perezosa, vengativa, que veía en el contrabando, más que una fuente de ingresos, algo que conmovía sus vidas monótonas, haciéndoles experimentar la emoción ó la ansiedad de la aventura; su pasión más grande era la lujuria á que les condenaba la quietud de sus vidas y la sensualidad del ambiente.

Sin embargo, sabían ser hipócritas y reservados para aparentar una pureza de

costumbres primitivas y dulces. Salvo cuando las mujeres reñían y se lanzaban los más crueles insultos, descubriendo los secretos y debilidades, todos se guardaban de que se supieran sus trapicheos y empezaban por disimular los de las otras, sin perjuicio de murmurarlos entre ellas en voz baja.

Las riñas de las mujeres solían tener consecuencias fatales. Los hombres, que no se preocupaban de la honradez, si no les ponía en ridículo, defendían su pasión de un modo salvaje. A una revelación de engaño solía seguir un crimen.

Se contaban algunos verdaderamente espeluznantes.

Perillo Tárrago, que se alabó de sus amores con una cortijera, fué encontrado muerto en una cueva, acribillado de puñaladas, á los dos meses de desaparecer.

A los dos días de haber vuelto de Orán Juan Freniche, se encontraron, desangrándose y con los dos ojos saltados, al amante de su mujer. Lo habían acechado en su camino el marido ofendido, la suegra y dos cuñaditos de catorce á dieciséis años que, con piedras y palos, creyeron haberlo dejado muerto.

Tres mujeres sólo hacían alarde de su libertad entre la hipócrita pudibundez del pueblo. Las «Rayadas», una madre y dos hijas, que habían establecido una pequeña tiendecilla de comestibles.

Su negocio hubiera dado en quiebra á no defenderlo la venta del aguardiente y el peleón. Las mujeres no querían ir allí á comprar nada. En cambio, la pequeña cocina, única pieza de la casa, que servía á la vez de tienda y de dormitorio, estaba siempre llena de hombres.

Entraban con el pretexto de tomar una copa y emprendían unos sus partidas de naipes: la *brisca*, el *Pablo* ó el *se cayó*, apuntando con garbanzos renegridos los tantos, mientras la medida de lata, llena con media azumbre de vino, daba la vuelta á la mesilla, apurando de ella sendos tragos, sin necesidad de vasos y cubiletes, previo el pasar el revés de la mano sobre los labios para limpiarse. Otros tocaban la guitarra para que cantaran la madre y las dos muchachas. Las tres bailaban, como peonzas, el fandango, con un movimiento de caderas enloquecedor.

Eran tres mujeres feas, con los ojos sin pestañas y los rostros picados de viruelas, llenos de costurones amoratados é hinchados. Pero las tres tenían bellas trenzas, negras; cuerpos admirablemente formados, anchas las caderas, en las que encajaba el busto como un macetero y cuellos rectos y erguidos, que comunicaban un aspecto de viveza á su cabeza. Por un raro contraste con las costumbres del lugar y con todo lo que las rodeaba, las tres mujeres añadían á la voluptuosidad de sus movimientos la voluptuosidad de su limpieza.

Y como las tres eran cadañeras, la familia se aumentaba con tres chiquillos anualmente. Crecían allí, bajo el chamizo, revueltos con las gallinas, los cerdos y los gatos, sin que ni ellas mismas pudieran distinguir bien entre el hermano, el hijo ó el sobrino.

El esposo de la madre, un hombre de rostro bonachón y plácido, cuidaba de guisarles su rancho y repartírselo en escudillas de lata, que ellos defendían, unos de otros, gruñendo como perros y luchando á cucharazos en más de una ocasión.

Toda aquella piara de muchachos de ambos sexos, sucios y mal alimentados, cubiertos de roña, con los ojos medio ciegos de la oftalmia purulenta, engendrada por la miseria, pasaban la vida revolcándose en la tierra, hacinados bajo las tinadas del corralón en el invierno y

arrimados á los muros de piedra y barro de la casilla durante el verano; defendiéndose á manguzadas de las moscas, que acudían á la suciedad, y colocando el brazo doblado por el codo sobre el rostro para defender la vista de la luz del sol. Las madres los habían designado á todos con el nombre común de las *Rarras*, sin concederles mayor atención que á cualquier otros animalillos domésticos.

Ellas mismas no se habían podido escapar á la infección de su miseria, Rosa y Rosilla, la madre y la hija mayor tenían los rostros pintados de viruelas, con terribles costurones, y Juanilla, la menor, ostentaba los párpados inyectados de sangre, como dos heridas en torno de la pupila reluciente.

En el antro había crecido, como flor de estercolero, una linda muchachita, hija de Rosilla, que ya tenía á la sazón catorce años de edad.

La degeneración de la muchacha, unida á su gran juventud, le daba una belleza extraña: Un color blanco lechoso, en el que el sol pintaba sonrosados en las mejillas, y una larga cabellera rubia, rizosa, que contrastaba con los cutis morenos y los negros ojos de las mujeres del lugar.

Su debilidad, su idiotez se traslucían en una timidez y un recato que la hacían silenciosa y huraña; y sus ojos, sin luz, muy celestes y muy débiles, se bajaban al mirar, esparciendo sobre su rostro una luz azul de candor.

Y las gentes que frecuentaban el tugurio tenían el aliciente de aquella rara muchacha, que permanecía indiferente á cuanto la rodeaba, sin conocer la incitación que ofrecía con su carne blanca y cuya virginidad guardaban celosas las tres mujeres.

La habían separado del montón de los *Rarras*, la lavaban y la peinaban diariamente, y allí estaba, cerca de los jugadores, todo el día, silenciosa y adormilada, acariciada por las miradas lúbricas de que no sabía darse cuenta.

Desde la llegada de los mineros, la prosperidad de las «Rayadas» iba en aumento.

Habían tenido que comprar un borriquillo, que Sebastián, el marido de Rosa, llevaba á Níjar un par de veces por semana y lo traía cargado de bebida y de embutidos y que se consumían en la taberna, dejando pingües ganancias.

La vida de la familia era una perpetua fiesta. Entre todos constituían un teatrito de varietés. Bailaban, cantaban y jugaban la madre y las dos mayores; mostraba la albina su desnudez de estatua, más incitante en su indiferencia é inmovilidad: lucían las *Rarras* sus gestos grotescos en peleas provocadas, echándoles un chorizo ó un pedazo de pan, que se disputaban como perros, y el mayor de ellos, «Cinco Peroles», con sus veinticinco años, su larga barba y su aspecto forzudo, les divertía con su idiotez, como un clown de circo.

Las mujeres del valle se indignaban contra aquella casa de escándalo. Si querían bailar tenían que invitar á su baile á las «Rayadas» so pena de que los hombres las dejasen solas en sus fiestas. Todas las criticaban y las maldecían por lo bajo y todos contemporizaban con ellas. Jamás, fuera de su casa, se las había visto faltar al recato ni á las fórmulas de ese exagerado respeto de sí mismas, tan grande y meticuloso en las campesinas.

A las mineras se las había acogido bien en la creencia de que éstas no iban á estorbarles, y negarlas como los carabineros, sino que podían ser materia explotable.

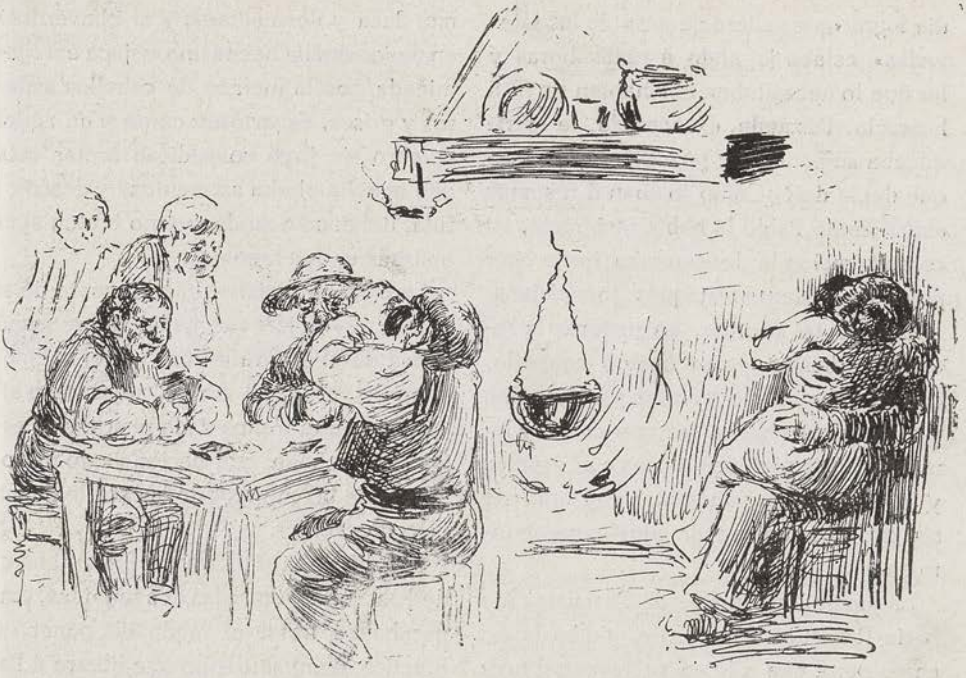
Los propietarios de terrenos les habían cedido solares para construir sus casillas, con la esperanza de quedarse con ellas si fracasaba la empresa minera y el lugar con silente y pacífico en la monotonía de la vida agrícola se llenaba de animación y actividad. El tabaco de contrabando se vendía clandestinamente, constituyendo para muchos una industria, que á ciencia y paciencia habían de tolerar las *caravinegres* y los buhoneres cruzaban sin cesar las estrechas veredas, detrás de los pacientes borriquillos cargados con la arquilla de baratijas y los capachos de resova.

Para los braceros que emigraban á Orán las minas les ofrecían el recurso de pedir al subsuelo el pan que la tierra les negaba. Preferían el peligro de aquellos pozos de paredes movedizas, ligeramente acrados, que eran una amenaza de muerte para los que en ellos penetraban á los tormentos de la emigración.

Si la tierra hubiera sido propicia, todo hubiera marchado bien, pero el filón no parecía por más que se ahondaba en las entrañas del monte. Los pasos se abstinaban en ser infecundos en metal, y en cambio, ricos en veneros de agua. La compañía explotadora, temerosa del fracaso, no se atrevía á llevar la maquinaria previa para los trabajos; la labor se hacía peligrosa, fatigante y los negros agujeros amenazaban desplomarse, reblandecidos por los cimientos, sobre los temerarios que penetraban en ellos. ¡Y, sin embargo, sobraban solicitudes de trabajo! El año de mala cosecha les había sumido en la miseria. Preferían los riesgos de la mina á los tormentos del hambre.

Sobraba gente, y cuando el capataz empezó á negar las demandas de braceros, empezó el descontento. ¿Por qué habían de estar trabajando allí aquellas brigadas de hombres de Mazarrán con perjuicio de los hombres del país? Ellos no les reconocían su superioridad y su pericia en el trabajo de minería y se indignaban de la actividad y de la puntualidad en el trabajo que venía á señalar el contraste con su dejadez moruna.

Los mineros no gustaban como ellos de tenderse al sol y de estar horas y horas inactivos. Bien pronto hubo otra razón de odio. Los mineros les galanteaban las mujeres sin la hipocresía de los carabineros. Los muchachos tenían, á cara descubierta, á pesar de la protesta de algunos padres, no más de Mazarrán, y lo mismo en los bailes que en casa de las «Rayadas», los mineros eran los amos con ese modo desprendido y rumboso con que sabían gastarse los jornales, los que amenazados siempre por la muerte, no cuentan con el ahorro para sacrificar el placer del único momento que les pertenece. Se diría que aquellas gentes habían tomado por conquista á Rodalquilar. El odio á los mineros se condensaba en torno del señor Pablo, el capataz; un hombre coloradote, grueso y plácido, de ancho cuello de atleta, con ese aspecto irónico y bonachón que dan los pliegues de la grasa á la fisonomía de los hombres gordos, y que tan fácilmente les capta la confianza. La sombra del señor Pablo era su mujer, la señá Pascuala: una mujercita cuadrada, de piernas cortas y ancho talle que se balanceaba al andar con ese movimiento temblante de las corambres llenas. En la esfera de aquel rostro, que en sus tiempos fué de rabia graciosa, había hecho la obesidad estragos. Las aberturas de sus ojos, como puñaladas enconadas, dejaban pasar el brillo de una mirada maligna, y bajo el promontorio, oculto en la grasa de las mejillas, de la naricita respingada, se mudía la abertura de una boca grande,



rajada y fina, semillero de diatribas y maldiciones. La frentecilla estrecha daba nacimiento desde las clareonas cejas al enmarañado y farcohaz de estopa de los lacios cabellos grises. Su Pascuala abominaba de Rodalquilar, su marido, frescachón y buen mozo, estaba adulado por todas las mujeres que sabían que con su influencia podían lograr una plaza para sus padres ó marido. La Pascuala ardía en celos al notar el desamor encubierto del pobre hombre que la desposó esbelta y juvenil y se veía ligado á su deformidad. Pablo era bueno, la respetaba y la atendía, pero Pascuala, que ocultaba un corazón sensible entre sus mantecas, tenía deseos de madrigales, y no se avenía de buen grado á las galanterías de su marido con las muchachas.

Ella se crecía con derecho á ser amada, porque era su mujer *propia*, como manda el Señor, y porque nadie podía ganarle á hacendosa y madruguera. Su cesita limpia, como una patena, estaba siempre; las camisas de su marido se las podía poner el mismo Obispo. De su fogón salían los olores de los guisos más apetitosos que pueden adular un paladar regalón y sus tablas de pan llamaban la atención en el horno. Si su marido trabajaba ella sabía hacer de una peseta dos, y que le luciera el dinero; por eso Pablo llevaba siempre la faja repleta de duros; no era de esas mujeres á las que nada les basta y llenan de compromisos al marido. Por eso no era justo que su hombre prefiriera la chilindrina á la tranquilidad de su casa. Mas, á pesar de todos estos razonamientos, la pobre mujer conocía que no bastaba solo la bondad para ser amada. Allá en su pueblo, entre gentes familiares, todos sus celos vagos no se habían delineado; ahora en Rodalquilar tenía sospechas de que Pablo no le guardaba fidelidad y de que ocupando el puesto más importante la ponía en ridículo con su conducta. No po-

día lograr que saliera de casa de las «Rayadas» estaba jugando á todas horas y las que lo necesitaban allí habían de ir á buscarlo. Pascuala, exasperada, le recriminaba su conducta; ¿era ese el ejemplo que debía dar? ¿Cómo lo iban á respetar así? Y como Pablo la había resignado, su conmiseración la desesperaba hasta caer presa de violentos ataques convulsivos.

Cuando tal sucedía, las mujeres la rodeaabn, hacían causa común con ella, con ese espíritu de solidaridad femenina y eran ellas después, las que con sus lamentaciones plañideras contra el capataz y las «Rayadas», aumentaba el odio de sus maridos contra toda aquella gente intrusa.

La amiga, más amiga de Pascuala, era la tía Ramona, la rezadora, viuda de un carabinero, que allá en su juventud tuvo mucho que sufrir por causa de la «Rayada». Tanto que le expulsaran del cuerpo por causa de ella. Un día que para hacer alarde de su dominio en retenerlo á su lado le hizo llegar tarde á la caseta, borracho y con una docena de buñuelos ensartados en un esparto colgando de los botones del chaleco. Y lo más gracioso fué que en vez de indignarse con su amante, causa de todo, se indignó con su mujer y la dió tal paliza que la rompió un brazo. No teniendo más que sentir, gracias á la pericia del tío Gaspar el curandero, que la entablilló y la curó como cualquier médico-cirujano.

La tía Ramona conservaba el odio á las «Rayadas», á las que culpaba de la temprana muerte de su marido, y de que por sus sufrimientos hubiese nacido idiota su única hija.

Frasca la Tonta era un tipo popular en el valle. De niña había llegado á vieja sin pasar por la juventud. Se habían prolongado sus años de infancia en su raquitismo; flaca y desmedrada; y al convertirse en mujer estaba hecha una viejuca apergaminada, con la maraña de cabellos ásperos y grises, espartosos; como si en aquel cerebro sin jugo no pudiese brotar más que aquella planta sarmentosa y descolorida, del mismo modo que no brotan sino malezas en los breñales.

La criatura alejaba de tal manera de sí la idea de mujer, que nadie se preocupó jamás de ella. Corría libre por el campo, é iba de cortijo en cortijo, se sentaba silenciosa en el tranco de la puerta y se estaba allí echada, con paciencia de perro, hasta que las mujeres de la casa le daban algo que comer.

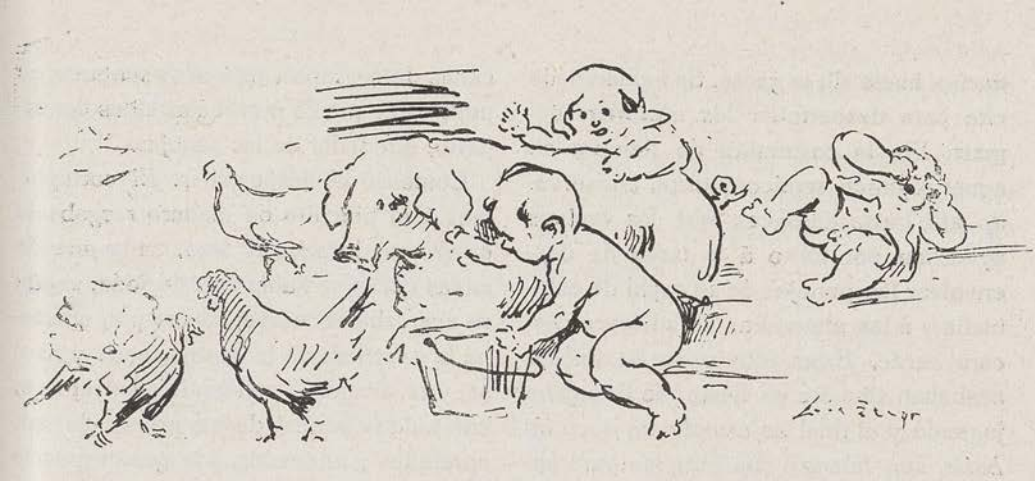
El odio de la tía Ramona fomentaba el de Pascuala, y entre las dos reunidas, empezaban á tratar el modo de poner en práctica algún sortilegio que librara á Pablo de la influencia de aquellas bribonas que sabían embrujar á los hombres, y sobre todo, que dañara á sus aborrecidas rivales.

II

La luz aquella tarde tan plácida del mes de Agosto parecía salir de la tierra con la reberberación de los rayos del sol poniente en los dorados rastrojos de los haces recién segados.

Estaba el aire saturado de fecundación cumplida, llena de la madurez de las cosechas. Las gavillas de doradas espigas de trigo candeal se amontonaban en los haces cerca de la palva esperando el turno de su trillo. Los maizales tempraneros acusaban la sazón de sus panojas doblando las cañas en su marchitez maternal.

En las huertas, cuyos bancales sorbían



sedientos del riego, se ostentaban los melonares con sus sandías repletas de jugo de la tierra, con incitante frescura de botijo, como las tomateras y los pimentales lucían entre el verdor de las plantas sus encarnados frutos.

Los árboles ponían en las acequias la línea regia de su sazón. Los almendros abrían los capillos de las ayoras que caían al pie del tronco; los olivos, cuajados de aceituna, resplandecían con todo el exceso de savia que los congestiona en un verdor negruzco y los higos retorcían sus pezones maduros con dulzures de miel; mientras que los granados parecían empurpurados como rosales por el rojo de las granadas que se partían jugosas y frescas en una risa de clavel reventón.

Cerca de las balsas algunos grupos de palmeras, melancólicas, añorantes, apartándose en su aristicrático exotismo de los árboles europeos, mecían sus penachos en el aire azul dejando prender sobre su tronco los ramos de dátiles maduros.

También estaba el monte en flor. El cogollo empezaba á abrirse al sol y el esparto blanqueaba en los atochos. Los pétalos olorosos del cantueso, el romero y el tomillo apagaban la sed de las abejas que revoloteaban entre ellos, con sus gallardos cuerpecillos encintados, robándoles las mieles para enchir sus panales.

Esta razón materna de la Naturaleza se comunicaba á los animales; tras los cerdos de opulentas ubres, curría la piara de cochinillos pequeñuelos. Seguían los pasos de burras y yeguas, retozones pollinillos y muletos; las cluecas tendían las alas sobre el nidal de esparto para cubrir docenas de poyuelos. Había nidos en los árboles y en las piedras; un constante laboreo de hormigas en las harinas de la era y en el aire, nieblas de gasa de millares de mosquitos nacidos del vapor de agua de las atargeas y de la fermentación de las frutas maduras. Hasta la esquila que anunciaba la vuelta al redil de los rebaños parecía unirse al balar de los corderillos que esperaban la vuelta de las madres en las viejas tonadas del corral.

Había en todo el ambiente un silencio denso, una placidez de sueño con ensueños, una quietud aparente para germinar toda la actividad, toda la voluptuosidad de una naturaleza amorosa, primitiva, fecunda, que se entregaba por entero á la plenitud de la cosecha.

Aquel ambiente influía en los grupos de gente que se dirigían al cortijo de los Peñones. Todas las veredas que iban de las otras fincas y de las casillas del valle con-

ducían hacia allí la gente. Se habían dado cita para desperfollar las mazorcas del maíz. Era la costumbre de siempre en aquel régimen semicomunista, conservado allí hasta entonces, que los vecinos ayudasen por turno á la tarea de desenvolver las panojas de su sayal de estameña y á las almendras de su tosca cáscara verde. Estas reuniones de trabajo acababan siempre en fiesta. Se trabajaba jugando y al final *se armaba un poco de baile*, con *farsas* ó con prendas para pasar la noche.

Se iban reuniendo temprano todos los habitantes en el cortijo que tocaba de turno y se notaba la predilección de todos en no faltar el tío Matías, el labrador más generoso de toda la comarca, que había de mojarles el gaznate con una ronda de peleón.

No habían aún acabado de comer las gentes de la casa la gran fuente de ensalada de pimientos picantes, con pedazos de tomate y cebolla, que les servía de cena, cuando empezó á llegar la gente al cortijo.

Aquella comida, habitual en las gente del valle, tan frugales que no probaban jamás la carne ni el pescado, haciendo creer en la virtud alimenticia de los rayos del sol, no podía apresurarse. Rabiaban de tal modo los pimientos que excitaban con el dolor del paladar la gana de comer, y todos engullían á porfía sendos pedazos del bollo de pan de cebada, moreno y con pajaza, que pinchaban en la punta de la faca para sumergirlo en la gran fuente común. Comían resoplando, limpiando con el revés de la mano los hinchados labios y limpiándose con las mangas de la camisa los hombres y con los delantales las mujeres los ojos y la nariz, cuyas secreciones despertaba el picor.

Bien pronto se reunieron un par de docenas de personas, que se se sentaron en posetes de pitaco ó en bajas sillas de esparto, alrededor de las panojas.

Comenzó el desperfollar. El cortaplumas ó el pinchito de madera rasgaba la envoltura de aquella sera, cada una de cuyas capas se hacía más de seda, según se acercaba al cuerpo; las rompía, apartaba la cabellera de la panoja, seca y rizosa, y la arrojaba, volteándola en el aire, con toda la belleza de sus granos de oro, apretados y alineados, á la gran espuerta que las recibía en su desnudez.

Cada nuevo grupo de gente que aparecía á lo lejos, á lo largo del camino, aumentaba la alegría de los trabajadores que recibían al nuevo refuerzo con bromas y algazara. Se contaban cuentos, se cantaban coplas intencionadas, se reía, y cuando cayó la noche, y la luz del candil no disipó bastante las tinieblas, aumentaron las risas nerviosas de los mozuelos. Cada vez que uno encontraba una mazorca de granos color vino, tenía derecho á abrazar á las muchachas, y, si la hallaban ellas, á golpear duramente á los mozos, soliendo dar gran porrazo á aquéllos que les interesaban más.

Era pintoresco aquél conjunto de muchachas con abultados moños sobre la nuca, tez morena, con esa tonalidad de escamas de plata y esa palidez de mujer andaluza que habla de pasiones y deseos y hace destacar más la luminosidad de los labios rojos, abultados y frescos, y la voluptuosidad de los ojos color tabaco, ansiosos y tristes, bajo el lento aletear de los párpados.

Vestían casi todas ellas almilla de percal rayado, refajo color majenta, delantal de lana negra y un pañolillo de crespón, *color garbanzo* ó *color aceite*, cruzado sobre el talle para disimular la exuberancia de los senos. La mayoría llevaban los

pies libres de todo calzado, algunas calzaban alpargatas y sólo las hijas de los labradores ricos se permitía el lujo de las medias.

Las casadas, que se marchitaban con extraordinaria rapidez, no se despojaban jamás del pañuelo de la cabeza. Las viejas, delgadas y enjutas, formaban un contraste con la frescura de las muchachas. Aquel tipo magno y fuerte, era el común en las mujeres del país cuando comenzaban á envejecer.

Los hombres contribuían al conjunto de aquel grupo de cromo, con sus caras barbilampiñas, los ojos grandes, los dientes puros y blancos, por el ahito de comer gachas y pan de maíz desgreñados, las cabelleras abundosas y vestidos apenas con el pantalón de tela parda, la faja encarnada á la cintura, por entre cuyos pliegues se salía siempre el puño de la faca, y el grisáceo camisón despecherado dejando ver el seno retostado y el marañón de vello espartoso en los viejos y sedoso en los muchachos como el plumón de los polluelos.

—No tendrá usted queja, tío Matias, de que no estamos aquí tóos—dijo una cortijera interrumpiendo la conversación del amo con otros dos labradores viejos, que trataban de fijar los augurios de las nuevas cabañuelas para la próxima cosecha.

—Y que somos tóos de los güenos —añadió la tía Ramona, provechando la ocasión de aludir á la falta de las Rayas y los mineros.

Para nadie eran santos de devoción los que faltaban, y todos aplaudieron el decir de la vieja.

—¿Y Frasca? —preguntó una vecina.

—Se ha quedao en la casa. Tiene dende hace algún tiempo la manía de huir de los hombres.

Todos soltaron la carcajada con tan poca piedad, que amoscaron á la pobre madre, la cual guardó silencio, no sin murmurar antes:

—Quien tenga hijas, no ría...; bien guapa que era de pequeña..., las malas leches que le dí por los disgustos y las malas pécoras...

Se escuchó á lo lejos el ladrar de perros. Aquellos perros cortijeros, que se transmitían su ladrido de alerta de cortijo á cortijo y que tan fielmente advertían la proximidad de las gente.

—Alguien viene.

Prestaron todos atención.

Se escuchaba un cantar lejano.

«Permita Dios si me orvias
la mar serena te trague».

Y otra voz de hombre que cantaba casi á la par:

«Si lágrimas fueran piedras
las que por ti he derramao».

—No es uno que son dos los que vienen —observaron varios.

Las voces seguían acercándose

«y si yo te orvío á ti».

cantaba la primera

«Haría yo un castillito
enmedio del mar salao».

remataba la otra.

El ladrido manso de los perros, anunciaba que era un conocido.

—A la paz de Dios, caballeros —exclamó apareciendo un mozo.

—Es Luisillo el molinero.

—Hola, Luisillo.

—Aquí ties sitio.

—Qué tarde vies, gandúl.

—¿Y el compañero que traías?

El recién llegado vaciló antes de contestar.

—Era un minero que y se ha ío por otro camino.

Una carcajada acogió la contestación. Bien sabían todos lo que era aquéllo. Los mozos que tenían miedo y cantaban con dos voces para hacer creer que no van solos.

Otro tropel de gente se acercaba.

—¡Los mineros! No eran huéspedes gratos para los hombres, que pusieron cara osca, mientras las mozas se regocijaban.

Venía el señor Pablo con su mujer y toda la gente que no trabajaba aquella noche.

—Aquí estamos, tío Matías, á ver si servimos para algo.

—¡Ya lo creo!

Les acogieron con amabilidad hipócrita. Las mujeres rodearon cariñosas á Pascuala, que se limpiaba el sudor jadeando de fatiga.

—¡Como no tengo costumbre de andar! —decía disculpándose.

Fué preciso sacarle una alta silla desde la que dominaba todo y no podía llegar á las panojas.

—¡Yo también quiero ayudar!

—Le pondremos un montón en la falda.

—¿Cómo se hace esto?

Su marido, solícito, la enseñó á desperfollar con un pincho de palo.

La pobre mujer se sintió satisfecha, sentada en su silla, como un grotesco Buda con los bracillos cortos, tratando de retener las panojas que su vientre hacía resbalar de nuevo al mantón. Gozaba de verse adulalla por todas aquellas gente y creía que influiría en su marido el cariño con que la trataban.

Sin embargo, la cordialidad había desaparecido. Se hacían violencia los mozos para no estallar, cuando un minero bromeaba con su novia ó sus amigas y cuando quería hacer uso del privilegio de la panoja encarnada.

—¿A quién abrazo yo? —preguntó el capataz enseñando una; y ni corto ni perezoso se dirigió á la moza más bonita.

—Abráceme usted á mí —exclamó atajàndole un mocetón— si es que le da lo mismo.

Pablo se detuvo, desorientado. La moza se adelantó á responder.

—¿Que abrace á su mujer?

Palmotearon todos los hombres:

—Que abrace á su mujer.

—Que abrace á su mujer.

—Que abrace á la señá Pascuala.

Los mineros habían puesto cara fosca. Aquéllo era una provocación disimulada, una burla sangrienta. Todo el mundo sabía las desavenencias del matrimonio y querían reirse de ellos, haciendo á Pablo abrazar aquella figura grotesca.

Algunos mozos, acariciaban, nerviosos, el mango de la faca.

El capataz se dió cuenta.

—Con mil amores —exclamó jovial—, pero el abrazar á la mujer es cosa que se hace en casa. Si el tío Matías quiere, le daré el abrazo á la abuela —y señaló á la esposa del labrador.

Las mujeres respiraron, contentas de la buena salida, pero la agraciada no se mostró muy conforme.

—Yo no estoy para eso... —exclamó, mirando á su alrededor—, que abrace á la tía Ramona.

Esta no tuvo lugar de responder. Los perros ladraban rabiosos, como si acometiesen con odio.

—Serán los carabineros.

—¡Madre¡ ¡Madre! —gritó una voz bronca y sin armonía.

—Mi hija —exclamó la tía Ramona.

—Frasca la Tonta.

Varios mozas corrieron á sujetar los perros y llevarla hasta su madre.

—Habrá tenido miedo en la casa —decía ésta.

Pero la muchacha había corrido al ver á los mozos con mayor susto que demostró de los perros.

—¡Qué célebre! —exclamaron algunos.

—¡Tiene miedo á los hombres!

—¡Es gracioso!

Y todos rieron de aquella arisca virginidad inexpugnable, por repugnante, que se espantaba del peligro imaginario.

—Que la abrace el señor Pablo —propuso uno.

Dieron á correr detrás de la idiota, que se defendía corriendo alrededor de la palva y dando chillidos de ratón asustado.

—¡Dejarla!

—¡Estasus quietos!

Gritaban la madre y algunas mujeres, pero ellos no hacían caso, y enardecidos por la caza de la idiota, que se les escurría de entre las manos.

La atraparon al fin, rendida, espantada, echada en el suelo, con un temblor de perro cobarde, tan asustada y desencajada, que ellos tuvieron miedo á su vez.

—Es una broma.

—¡Qué tontería!

—¡No era para ponerse así!

Decían, disculpándose.

La tía Ramona había acudido al lado de su hija y su alarma y su cariño se traslucía en empellones y golpazos.

—Diablo de criatura, para qué habrá venido.

Y aprovechaba la ocasión de desfogar su odio antiguo, diciendo, muy quedito á la Pascuala:

—¡Pobre hija!... Por esas malditas... esas malditas...

Como si sus palabras hubiesen sido una evocación, las tres generaciones de «Rayadas» aparecieron en la era. Venían Rosa y sus dos hijas, y la hija de Rosilla, la rubia idiota, con su semblante candoroso y su cuerpo incitante.

Hubo en los hombres un palmoteo de alegría. Ellos las rengaban de la infidelidad que presentían un sus mujeres con los mineros..., y, en cambio, las mujeres se sintieron inquietas. En el fondo se alegraban también. Era bueno aprender un poquito de picardía. Las atraía, con curioso interés, aquella especie de aroma de pecado que se desprendía de las «Raya-

das». Ellas hubieran querido preguntar, ver, saber todo.

Experimentaban la envidia de las honradas por las triunfadoras. Las veían risueñas, alegres, tranquilas, seguras de su dominio y de la envidia que inspiraban. Algún secreto tenían en su depravación que las hacía interesantes con su fealdad y parecía alejar de ellas la vejez. Mucho mayores que una gran parte de aquellas mujeres, agostadas, conservaban su lozanía y su vigor. No les cabía duda de que algún sortilegio las mantenía jóvenes y las haría amantes, á pesar de su fealdad.

—Esas viven —decía por lo bajo una vecina á otra—, tan rozagantes y siempre en fiesta, no como yo, que me duelen las manos de coger cogollo y esparto.

Y mostraba dos manazas negras, escarnosas, encallecidas, con dureza de suelas, en cuya palma habían penetrado las palmas y las atochas, hiriéndola en profundos surcos.

Y la otra asentía con la boca vejada de sostener en ella los espartos de la tomiza y los párpados, escaldados del polvillo que desprendían.

Se hizo el ambiente más cordial. Las «Rayadas» habían puesto en él una nota de libertad y tolerancia. Sin embargo, el tío Matías no estaba tranquilo, tenía prisa de acabar.

Era muy mala consejera aquella voluptuosa madurez del campo. Respondían á ella, lo mismo animales que personas. Todas las casadas ostentaban repletos sus vientres de maternidad, ó llevaban en el regazo un chiquillo de pecho. No se le ocultaba el peligro de aquella promiscuidad de gente sobre el montón de maíz, en la obscuridad de la noche, que no disipaba el candil de aceite, cuya llama, combatida por la brisa, se rebatía contra sí misma.

La Pascuala no podía disimular más.

—¡Quiero irme!

Protestaron todos.

—Vamos á partir más melones y esto se acaba —agregó Matías—, mañana hay que madrugar.

No se atrevía á darles bebida.

—¡Melones!

Era una desilusión para los mozos que esperaban su ronda de copas.

—No tengo vino.

—Podía haberlo dicho—objetó la «Rayada»—, lo hubiéramos traído.

—Un vinillo muy bueno que trajo ayer padre de Níjar —agregó Juanilla.

—¡De haberlo sabido!..—disculpó Matías.

—No está lejos —dijo uno.

—Es tarde —objetó la dueña de la casa.

—Yo iré por él —dijo un minero.

—Y yo convido—se adelantó Pablo.

La Pascuala no podía resistir aquéllo. ¡Qué grosería!; ¡qué falta de educación!

—Vámonos, Pablo.

El no le hacía caso. Miraba, embobado, á Rosilla que, con la panoja encarnada en la mano, le azotaba cariñosamente, diciendo:

—¡Ahora me toca á mí!

Pascuala sintió que se le apretaba el corazón, que le faltaba aliento y luz, se crisparon sus manos y la bola redonda de su cuerpo cayó pesadamente sobre la espuerta de panojas desnudas, puesta á sus pies.

Todos acudieron á ella.

Se retorcía, brincaba, se golpeaba la cabeza y el cuerpo en saltos y contorsiones, tan rápidas y ligeras, que nadie podía suponer en ella.

Estaba horrible, revueltos los ojos, espumareante la boca, demudada y congestionada en su convulsión:

—Es mal de corazón.

—No asustarse.

—Ello pasará.

Pablo estaba avergonzado, rabioso. Todo el mundo comprendería el origen de aquéllo. ¡La dichosa mujer poniéndole siempre en ridículo!

—Apretarle el dedo del corazón y el dedo gordo del pie —dijo uno.

Una mujer corrió á buscar vinagre para que oliera, y otras le hicieron aire y la aflojaron los vestidos para que respirara mejor. Sus más solícitas eran las «Rayadas».

Se vencieron al fin las convulsiones y la inmensa mole de carne blanda se quedó inmóvil, como muerta:

—¡Pobrecita!

—¡Es una lástima!

Las mujeres estaban indignadas:

—No la compadecerán todos —dijo la tía Ramona agresiva.

Su mirada se clavó tan fija en Rosilla, que ésta no se pudo desentender. Enarvó el cuello, ahuecó los brazos, como los gallos que se preparan á acometer, y preguntó con voz incisiva.

—¿Se puede saber por quién va eso?

—Por ti —repuso tranquila la otra—. Lo que se hereda no se hurta.

La muchacha hizo ademán de lanzarse sobre ella.

—¡Déjala! — dijo Rosa sujetándolas— es una vieja envidiosa.

Y procuró apartarse temerosa de ver cómo lucía en la mano de su antigua rival la navaja con que abría las panojas.

—Ca, esto se ha acabao por hoy, otra vez será otra cosa. Cada mochuelo á su olivo, que es preciso madrugar, exclamó imperativo Matías.

Una noche en que se les aguaba la fiesta y la alegría. Se despidieron todos dividiéndose en dos compactos grupos para retirarse: Uno de los campesinos, otro los mineros. La hostilidad latente se declaraba desde aquel momento de un modo visible.

Un momento después no quedaba más que la familia del cortijo y la tía Ramona, al lado de la Pascuala, que empezaba á volver en sí, desahogando su mal y su dolor en maldiciones.

—¡Perras! ¡Mal dolor rabiando les dé! ¡Pablo! Canalla, cochino, infame. Permita Dios que te haga pedazos un barreno.

Y mientras el hombre aguantaba confuso y paciente el chaparrón de inventivas y las demás procuraban calmar la furia de la mujer infeliz, resonaba un ronquido de perro en siesta.

Era Frasca la Tonta, que se había dormido acurrucada en el suelo junto á la chimenea.

Y no faltó quien envidiara el tranquilo reposo de la idiotez.

—¡Esa sí que es dichosa!

III

Las cosas iban de mal en peor. Las mineras abusaban cada vez más de su minero para burlar á los campesinos. No era solo la culpa de ellos; eran las mujeres que no tenían vergüenza.

El vallecillo ardía en intrigas, en malas pasiones, en lujuria. Las minas seguían pegando sus filones, no se admitía gente á trabajar. Tenían que emigrar los naturales del país y dejar sus casas y sus mujeres, mientras que los intrusos, venidos de fuera, se refocilaban en buenas comilonas y no dejaban de tocar la guitarra, rondar las muchachas y hasta las casadas jóvenes, y emborracharse, y jugar en casa de las «Rayadas».

Lo había invadido todo la ola de la voluptuosidad. Se decía de más de cuatro mujeres, cuyos embarazos no coincidían con la fecha de la ausencia de sus maridos; se murmuraban historietas sabrosas, como cuentecillos italianos, y se hablaba de bodas apresuradas para ocultar el estado de la novia, del cual ciertamente no era el novio el responsable.

Rosa había encontrado un infeliz que se casara con su Albina. Había sido el padrino Pablo, á pesar de los denuestos y maldiciones de su mujer que parecía ahora una corambre arrugada en un enflaquecimiento que no le hacía perder mole, á causa de sus ataques al corazón.

El marido de la muchacha era hijo de un labrador rico de la Hortichuela, que en vano se había opuesto á la boda. Se había celebrado la ceremonia con gran pompa, en Níjar, y al regreso, buscando el claror de la luna para andar el camino, se habían extraviado de la comitiva las yeguas que montaban el novio y Pablo, llevando á la grupa, respectivamente, á la suegra y á la desposada. Como ambas parejas habían perdido el camino, no parecieron hasta el día siguiente, y por cierto que á Pablo y la novia se les había escapado la cabalgadura y parecieron andando, con las mantas y las zaleas acuestas.

Pero el colmo del escándalo no era ese. Era una casa increíble, monstruosa, una profanación sin nombre: «Frasca la Tonta estaba en cinta.»

El atentado contra aquella virgen agreste, guardada en su fealdad y su miseria,

era la deshonra del valle. La infeliz no había tenido conocimiento de su desgracia.

Recordaba la madre haberla visto llegar un día excitada, temblando, desgarradas las ropas en una de las crisis nerviosas que le eran frecuentes.

Desde entonces databa su temor á los hombres, aquel temor que tanto había

hecho reir. La infeliz, brutalizada por el desconocido que abusó de su miseria, había cobrado un temor invencible hacia todos.

Un día había corrido asustada de si misma. Sentía revolverse una cosa dentro de sí; se apretaba el vientre con las manos desesperada.

—Un lagarto... un bicho... sácame esto madre.

La infeliz tía Ramona había comprendido la verdad. Era la amargura mayor de su vida. Aunque aquella hija tonta no podía tener el concepto del deshonor, la afligía el dolor, la humillación, la profanación, hecha sin amor, de aquella carne que era la propia carne suya.

Para ella desaparecía la fealdad y la miseria de su hija. Pensaba siempre en la niña chiquitina, que alegró su hogar en días venturosos, llevándole una promesa de felicidad. Aquella pobre hija fué víctima de la infamia de las que le robaron el amor de su marido, víctima del alcohol y la lujuria de su padre. Ella la había amado más en su infancia, por su debilidad enfermiza, por el peligro de verla morir agostada. Se culpaba á sí misma de no haberla amado lo bastante para defenderse de todo otro sentimiento que no fuera ella, y salvarla de todo su fatalismo. Muchas veces renegó desesperada de su fuerza, de su propia salud, cuando veía á su lado la niña delicada, débil enfermiza. Acostumbrada á su idiotez, no se había dado cuenta de ello. Su Frasquita, no era Frasca la Tonta, como le llamaban los convecinos, era Frasca la niña. Para la madre, la idiotez, era simplicidad infantil. No apreció el paso de la adolescente á la pubertad, no le inquietó que fuese una mujer. Para ella era siempre una perpetua niña.

Por eso la sorprendía lo brutal de aquella violación monstruosa. Se consideraba deshonrada, humillada en sí misma. Aquel odio sedimentado y constante á las «Rayadas» se había agudizado, había cambiado de objeto, había adquirido acometividad.

La poseía un deseo de venganza. ¿Contra quién?

Frasca no podía designar al culpable. No tenía idea de nada de lo sucedido. La habían golpeado, la habían maltratado, la habían hecho daño. ¿Cuándo, en qué lugar, quién? No sabía precisarlo.

Le había presentado su madre uno á uno todos los hombres del lugar. Sospechaba de todos: arrieros, buhoneros, campesinos, mineros..., la había llevado á la caseta de carabineros... ¡Nada! Ningún indicio; todos causaban á la infeliz el mismo temor. la misma repulsión, igual indiferencia. No guardaba ningún recuerdo.

Su obsesión era huir, huir de sí misma, del sér aquél extraño y vivo que sentía agitarse dentro de su vientre.

Su madre había querido ocultar aquella humillación. El aborto no era un pecado para ellas. El fruto del vientre les pertenecía mientras no era ya una criatura completamente formada. Ellas sabían los procedimientos rudimentarios: baños calientes, tazas de canela cocida, sangrías en los pies y grandes purgas de sal de higuera. Aquella vez fué todo en vano, estaba bien agarrado el indino.

Fué preciso resignarse y la pobre tonta sufría, aullando los dolores maternales, para dar á luz un robusto muchacho. No parecía aquella criaturita angelical, sonrosada y tierna como un rollito de manteca, hijo de una madre tan degenerada y producto de aquél hecho abominable y monstruoso.

La abuela tenía momentos de olvido y de satisfacción contemplando la criatura

y escuchando los elogios de las vecinas. No se acordaba de la vergüenza que suponía el nacimiento del niño ni de la brutalidad de que fué víctima su hija. Se le abría el corazón en maternidad para amar aquel pobrecito sér inocente; le parecía que era su misma hija, su propia Frasca, cuando de pequeñuela era también bella y rosada, antes de adquirir aquella triste enfermedad.

La pobre tonta no había tenido idea de su maternidad; una vez curada, libre de las molestias del embarazo, su rostro recobró una expresión tranquila. Miró al muchacho con la indiferencia que tenía para todas las cosas, y no entendió nada de lo que su madre le decía, presentándoselo para que lo besara.

Fué preciso sujetarla entre dos para que le diera el pecho. Miraba con terror al niño, asustada de él. No fué posible dejarle á su cuidado; conforme avanzaba el tiempo iba acumulando odio á la criaturita, le lanzaba miradas oscas, amenazadoras. Ramona tenía que vigilar constantemente, y cuando sus ocupaciones le exigían salir de casa, tenía que llevarlo á casa de una vecina que cuidase de él. La tonta rondaba los alrededores, como atraída por el muchacho, con un odio extraño, como si desease el momento de cogerle á solas.

Cada vez que había de darle de mamar, era preciso sujetarla como á una cabra arisca.

El niño aquél era para toda la gente de Rodalquilar un padrón de ignominia. No

había mujer que no se inquietase al pensar en la paternidad de la criatura, ni hombre que no se indignara ante la sola sospecha de que se la pudieran atribuir á él. Era demasiado salvaje, demasiado vergonzoso el hecho. Frasca, por su idiotezr por su suciedad, por su degeneración repugnante, era un sér abyecto, cuyo trato causaba la deshonra del hombre que se le acercase. Para mirar como mujer aquel deshecho de la vida y llegar á la violencia, era preciso ser un salvaje.

Antes de que diera á luz no faltaba quien creyera que saldría de su vientre algún producto híbrido, mezcla de sér humano y de bicho, como sucedía alguna vez con las cabras y ovejas, que daban á luz monstruos engendrados en tratos con el pastor.

Se buscaba con ansia el parecido del niño. El niño se parecía á todos y no se parecía á nadie. Dejaba con sus facciones desdíbujados aun sus ojos claros y su reposo de recién nacido, campo libre á todas las imaginaciones. Sin embargo, cuando transcurrieron un par de meses y el trocito de carne se animó con las primeras sonrisas, cuando se le asomó á los ojos ese espíritu serio, contemplativo, pensante que se asoma á los ojos de los niños, como si dentro de ellos viviese un espíritu viejo; las mujeres estuvieron todas conformes en afirmar que el muchacho no era hijo de ningún habitante de Rodalquilar. Era más fino, más delicado, más blanco que los hijos de los campesinos: Se parecía á los hijos de los señoricos. Lo afirmaban todos. Aquella criatura no podía ser más que hijo de un minero, de uno de aquellos hombres sin mujer que andaban detrás de las campesinas y de las «Rayadas», aquel grupo de sinvergüenzas que para suplir la falta de la Albina, la cual no entraba en la cantina desde su matrimonio, se había reforzado con cinco muchachas, hijas de los tres que habían sacado del montón de los *rarras*, para que les ayudasen en sus tareas.

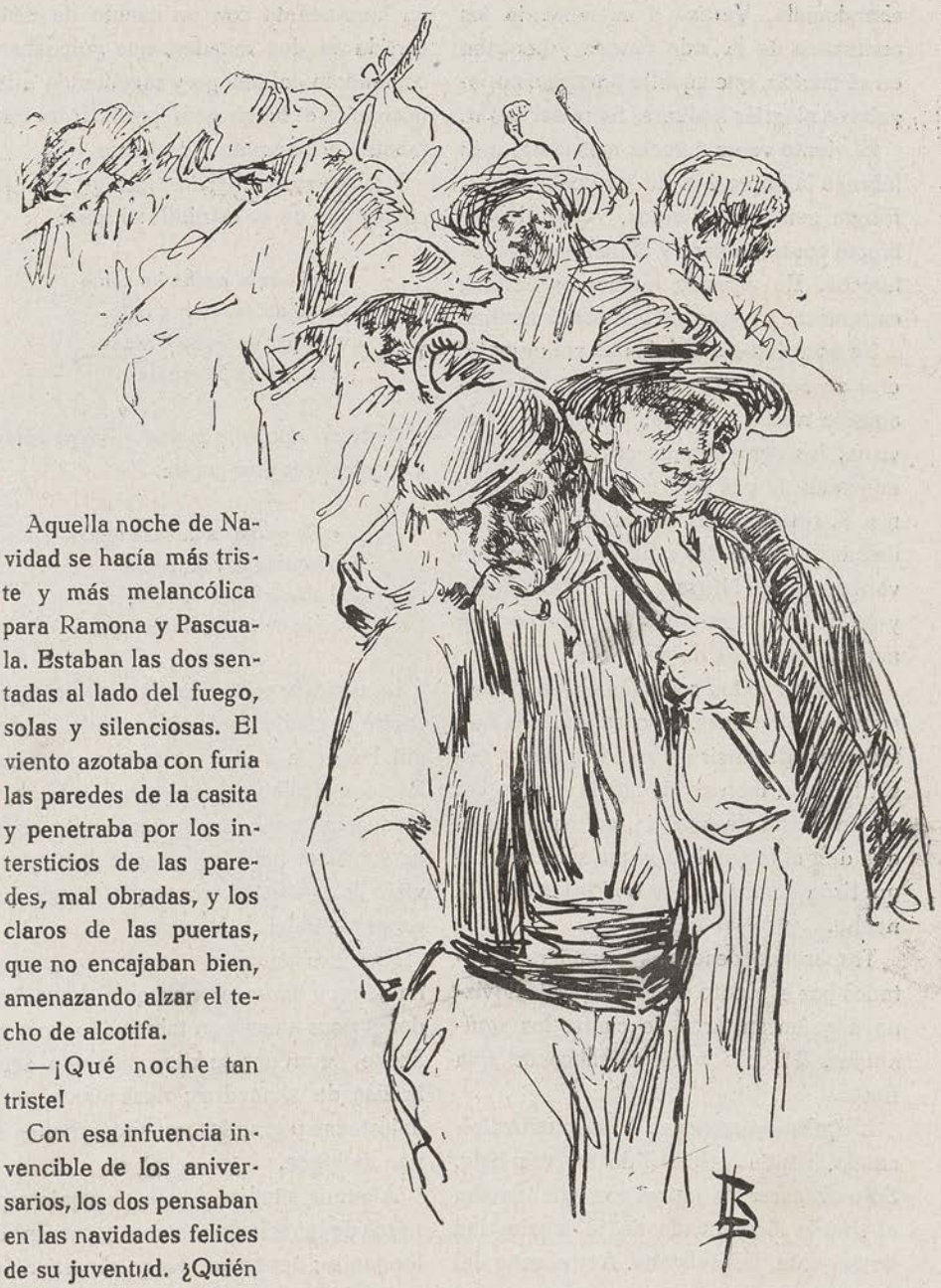
El dinero todo de la mina se iba á parar á las manos de aquellas mujeres, que encantadas de sus pingües ganancias, despreciaban ya á los campesinos, aumentando el odio que unos y otros se profesaban.

La Pascuala y Pablo iban de mal en peor. El adoptó un cinismo desvergonzado para no preocuparse de su mujer. Oía sus quejas y veía sus lágrimas, con el mismo estoicismo que escuchaba las diatribas y maldiciones del amor enconado de la infeliz, que tomaba en su desesperación los acentos del odio.

En más de una ocasión la dejó revolcándose en el suelo, con su mal de corazón, sin sujetarla, para que no se hiriese: «Así se muriera». Y cuando todo el valle se indignaba, las «Rayadas» se reían. Sin una mujer á quien humillar y hacer sufrir, su triunfo no sería completo.

La tía Ramona era su sola confidente, su compañera. La primera intentó hacerle tomar cariño al hijo de Frasca. El capataz y su mujer no tenían hijos y podían ser excelentes padrinos para la criatura. Pero los dos habían estado de acuerdo para mostrarse desafectos con el pequeñuelo. El señor Pablo no se dignó mirarlo siquiera, y la Pascuala lo acogió con repugnancia.

La tía Ramona había interpretado aquello bondadosamente. El estaba influído por las «Rayadas», sus eternas perseguidoras, para despreciar á su nieto, y Pascuala, absorta en aquella rabiosa pasión de celos, de amor y de rabia que suscitaba en ella su marido, no tenía un remanso en el corazón para ningún sentimiento dulce.



Aquella noche de Navidad se hacía más triste y más melancólica para Ramona y Pascuala. Estaban las dos sentadas al lado del fuego, solas y silenciosas. El viento azotaba con furia las paredes de la casita y penetraba por los intersticios de las paredes, mal obradas, y los claros de las puertas, que no encajaban bien, amenazando alzar el techo de alcotifa.

—¡Qué noche tan triste!

Con esa infuencia invencible de los aniversarios, los dos pensaban en las navidades felices de su juventud. ¿Quién no ha tenido una Navidad dichosa? Por eso, sin duda, son tan tristes siempre y tan melancólicas las Pascuas de los abandonados.

Las dos mujeres hablaban quedo. Recordaban sus alegrías pasadas. Frasca estaba acurrucada cerca del fuego, y la tía Ramona tenía en brazos al niño, dormidito. Aquella noche no hilaba para celebrar la fiesta. Pascuala estaba más excitada que nunca. Verse en tierra extraña, sola,

abandonada. Venían á su memoria los contrastes de la vida pasada y pensaba en el marido, que aquella hora se embriagaba en alegrías adúlteras fuera del hogar.

El viento venía á hacer más triste, más lóbrega la impresión de las dos mujeres. Fingía gemidos, silbidos, voces al quebrarse contra la casa y al penetrar por los huecos. En algunos momentos parecía estremecer y hacer temblar los cimientos.

Se escuchaba á lo lejos un continuo ladrar de perros. Parecía mentira que con aquella noche obscura, de viento y llovizna, los aguinalderos cruzasen los caminos tan largos para ir de cortijo en cortijo. Y, sin embargo. era así. Había pandillas de la gente del valle y pandillas que venían de Las Negras, de la Hortichuela y de Ecuyas, lugarcillos fuera de Vade, á más de una legua de distancia.

Llevaban todos zambombas, panderos, sartenes, almíreces. La cuestión, más que tocar, era producir un ruido acorde y ensordecedor. Iban siguiendo la escasa luz de un hacha de abardín, volteada por el que dirigía la pandilla y que sólo parecía un tizón opaco en la obscuridad de la noche.

Tropezando, descalzas las mujeres, azotados por el viento y calados por la llovizna, seguían su tarea de cantar los aguinaldos, dándole todo el sabor de una fiesta.

Llegaban silenciosas á las puertas, pisando blando y hablando en voz baja. Sólo el ladrar de los perros, que tomaba el sonido increscendo de la proximidad de la gente, les delataba. A una seña del director, estallaba como una tempestad el estruendo de cacharros que se unía á los acordes de las guitarras, las panderetas, los tambores, las zambombas y las castañuelas, tocaban, repiqueteaban y golpeaban todas á porfía. Algunos habían hecho un instrumento con un canuto de caña partida en dos mitades, que golpeaban, cogiéndolo del mango y sacudiendo atléticamente el brazo para producir un castañeteo prolongado y crujiente.

Y á una voz cantaban todos un villancico seguido de su estribillo alusivo:

«Toda la noche he venío
rodando como una bala,
sólo por darle las Pascuas
á la señora Pascuala».

El ruido apagaba la voz y luego volvía á recomenzar otra copla:

«¿De quién es la casa nueva
con ventanas y balcones?
Del señor Pablo Muñoz,
Dios le dé muchos doblones.»

La cortesía ordenaba abrir la puerta antes de la cuarta copla. Naneando se dirigió Pascuala á abrir la puerta, mientras Ramona acallaba al niño que lloraba asustado del estruendo y la tonta se encogía ocultándose bajo los jarapos que le servían de cobertera, con aquel temor que experimentaba de la gente.

Era la costumbre convidar á los aguinalderos y darles un obsequio. Los labradores ricos amasaban tablas de roscas de aceite, de un par de kilos cada una, sembradas de almendras; ricas mantecadas, aplastadas y grandes, y sendos bollos de pan de higos.

Algunos añadían á este obsequio espinazos de la reciente matanza y cuerdas de longaniza; dones que luego repartían los aguinalderos como botín de su campaña.

Aquella noche las pandillas iban todas á turbar el reposo de la triste morada del capataz. La señá Pascuala, que tenía una idea extraordinaria de las relaciones sociales y de la dignidad del cargo de su

marido, sabía obsequiarlos á todos. Pero á cada nueva cuadrilla se inquietaba:

—¿Serán capaces de venir las Rayadas? —insinuó.

—Esas son capaces de todo —repuso Ramona.

La mirada de la *capataza* acarició la escopeta de su marido colgada bajo el vasar. La vieja le siguió la mirada. Ya sabía ella lo que era aquel deseo de venganza.

—No seas tonta —dijo— después de to no son ellas las culpables.

Se indignó Pascuala. ¿Que no? ¡Ya lo creo! Siempre había sido su marido bueno y cariñoso. La culpa de todos los males la tiene la desvergüenza de las mujeres que los vuelven locos. No, no quería ella vengarse de su marido. Su sed de venganza, de sangre, no podía aplacarse más que con el daño de aquellas infames mujeres.

Otra pandilla interrumpió la conversación:

«Dios les dé mucha salú
en el sitio donde moren
al señor Pablo Muñoz.
Su mujer cara de flores.»

Se levantó satisfecha y abrió la puerta. El soplo violento y frío del aire amenazó apagar el candil. Los aguinalderos se precipitaron en la estancia atraídos por el fuego protector. En el primer grupo iba el marido de la Albina. Pascuala buscó cerca de él. ¿Estarían por allí las pécoras? ¿Se habrían quedado fuera? Cerró apresurada la puerta, y excitada, nerviosa, perdido el sentimiento sociable, como le sucedía siempre en aquellos casos, preguntó encarándose con el muchacho:

—Supongo que no vendrá contigo la sinvergüenza de tu mujer.

—¡Qué cosas tié usté señá Pascuala!—repuso él con resignación y cachaza campesina.

Aquello exasperó á la *capataza* y le dijo desdeñosamente:

—Eres un cabrito.

Intervino Capuzo, el herrero.

—¿Qué culpa tié la infeliz de las cosas de su familia?

—¡Claro! —afirmó desconcertado el esposo.

—Bastante tiene con cuidar su casa, su marido y su hijo —agregó una parlanchina.

—¿Su hijo? ¡Ya! —exclamó burlona Pascuala, y cogiendo del brazo al mozo lo acercó á la espuerta donde la tía Ramona había depositado al niño, se lo señaló diciendo:

—Se parece tu hijo á ese.

Entre la carcajada brutal de aquella gente, excitada por la fiesta y las continuas libaciones, se oyeron dos rugidos sordos. El marido de la Albina y la tía Ramona, pálidos y anhelantes, miraban hacia la rústica cama.

Un momento después, cuando se marcharon los aguinalderos, la Pascuala cayó presa de sus habituales convulsiones.

Desde el día siguiente el odio de todo el pueblo señaló á Pablo como padre del hijo de Frasca.

—Su mujer lo ha dicho.

De la Albina no se inquietaba nadie.

•

¿Cómo había ocurrido aquella desgracia? Nadie se lo explicaba y todo el mundo estaba consternado.

El primer día de trabajo, después de la varada de Navidad, el señor Pablo había entrado á reconocer los pozos para recomenzar la labor.

Apenas empezó á bajar el ascensor se escuchó un ruido sordo, opaco, pavoroso. Las amarras del torno aquellas dos enormes maromas de esparto najado se habían partido y la tosca jaula en que iba el capataz con otro minero se precipitó rodando en el abismo.

Se escuchó un grito, después el chocar de tablas y piedras. Luego, nada...

Algunos se acercaron á la boca de la mina.

—¡Señor Pablo!

—¡Juanillo!

Inútil todo.

El ascensor se había estrellado en el fondo del pozo.

Y después de un trabajo de dos días para extraer los cadáveres, éstos presentaban un montón informe de carne, confundidos un cuerpo con otro, con las astillas de las maderas y con la tierra del pozo en un formidable amasijo putrefacto.

El Juzgado de Níjar, llamado por el alcalde Pedaneo, no pudo averiguar si se trataba de un crimen ó de un accidente. ¿Estaban cortadas las maromas ó gastadas por el uso? ¿Era un delito ó una imprudencia la causa de la desgracia aquélla?

Los mineros nada habían notado; los campesinos callaban todos.

Algunos pensaban en la tía Ramona y el marido de la Albina. Los habían visto juntos cogiendo leña por los barrancos y vericuetos cercanos á la mina, y aunque se indignaban contra los culpables de aquel hecho, nadie se atrevía á denunciarlos. No había certeza de nada. Con la desgracia todos se amistaban con los mineros.

—¡Pobre señor Pablo!

—¡Tan bueno!

—¡Tan rumboso!

—¡Tan campechano!

En el fondo todos se indignaban con la Pascuala. Ella había sentenciado á su marido la noche que le designó como padre de los hijos de Frasca y de la Albina.

¿Merecían las dos idiotas aquella venganza? ¿Y aquel pobre Juanillo, inocente, que acompañaba al capataz?

Olvidaban que la tempestad se había condensado con los odios de todos, con su ambiente pasional y que las idiotas no eran más que un pretexto.

Pero las gente de Rodalquilar necesitaban un criminal á quien hacer reo de su vindicta. Eligieron á Pascuala.

—¡Le han alcanzado sus maldiciones!

—¡La bruja!

—¡Pobre hombre!

Y nadie hizo caso del dolor y la desesperación de la infeliz, que pedía perdón á su marido, llamándolo con los nombres más dulces.

La empresa minera, asustada, ordenó la suspensión de los trabajos.

Y fué en aquel día de Enero, bajo el sol africano del valle, cuando la triste comitiva de mineros, con el atillo al hombro, cruzaban el valle silente y tranquilo, hacia la cuesta de las Carihuelas, para remontar la montaña y salir de aquel paraje, de vueltos á la corriente general de la vida.

En medio de ellos, en un mulo, montada sobre las amplias silletas, iba la Pascuala atontada é inerte.

Nadie les daba la despedida. Algunas mujeres y chiquillos se asomaban á las puertas y á las esquinas de sus casas, hacían covachula con la mano á los ojos para mirar en silencio. Parecía que otra vez el entierro de Pablo y Juanillo volvía á pasar.

En casa de las «Rayadas» se tocaba la guitarra y se jugaba al Pablo, como de costumbre.

La tía Ramona, más acartonada, más tarra, más envejecida, iba en sentido contrario hacia el mar, ocultando un bulto bajo el mantón.

Cuando llegó á la arena se detuvo. Miró alrededor. Nadie. No había ningún carabinero. Sin duda dormían su siesta.

Depositó el envoltorio en el suelo: una azada y el cuerpecillo del hijo de Frasca, amoratado, con la nariz y los ojitos inyectados de sangre, rígido y descompuesto ya por la muerte.

La abuela empezó á abrir con valentía la fosa en la arena reseca y movediza. No habían bautizado aun á la criatura y no valía la pena de llevarlo á enterrar. Aquel sér había pasado por la vida como una sombra, aquella mañana lo había encontrado muerto en la falda de su madre. Lo había ahogado apretándolo contra el pecho en su primer impulso de cariño.

Ramona tuvo que luchar con ella para quitarle el cadáver que mecía y besaba con una especie de lucidez maternal.

Al ir á depositarlo en la tierra la pobre vieja, sintió el influjo de todo el cariño que le inspiró la criaturita débil, blanca, sonriente, que lo acariciaba el arrugado rostro con las manecillas tibias, tiernas y suaves. ¿Por qué sintió odio por el nacimiento de aquel infeliz? ¡Le habían hecho el mayor bien con la bendición de aquel niño! Dos lágrimas lentas rodaron por su rostro astinodermo... Volvió la cabeza y vió la procesión de los mineros que se perdían en la montaña doblando la colina del barranco del Granadillo...

—¡Más vale así... que no quede nada de esa casta!

Fiera en su venganza, cubrió de tierra el cuerpecillo, cogió la azada y emprendió el camino de su casa, en cuyo umbral dormitaba Frasca la Tonta, encogida como una bola entre sus trapos sucios, de los que salía la cabeza innoble, brutal, con el pelo cano, espartoso y crespo. Se volvía á sentir sumisa en su miseria sin la sonrisa de luz del niño. ¡Y lo había considerado como un oprobio!

A lo lejos ladraban aún los perros del barranco al paso de los mineros y sus ladridos repercutían al rodar por el aire como un aullido lúgubre y siniestro.

Carmen de Burgos
Colombine

Ilustraciones de Luis Blesa.

EL PICARO OFICIO (1)

—Nada, nada joven, cuente usted conmigo para todo. Tiene usted un porvenir de color de rosa, como este pañuelo que yo llevo para las narices y que algunos compañeros del Senado motejan de cursi... Venga usted por aquí á diario; ¿dice usted que por las mañanas tiene que ir á la Universidad? ¡Qué lástima! Ya veremos el modo de arreglar eso, aunque sea haciendo yo que le dispensen á usted de lasclases. ¿No le parece?

—De perlas, señor Vallespina.

—Pero por la tarde sí podrá usted dedicarnos un buen rato. A las dos ya empieza aquí el trabajo, y hasta las ocho ú ocho y media, según el día, estamos todos aquí. Con que á trabajar mucho, joven; tiene usted las grandes condiciones, no necesita más que soltarse. Mañana le presentaré al redactor-jefe y al personal de la redacción; ya verá usted, gente muy simpática toda ella... Ahora no hay aquí ninguno, aunque debieran estar todos, pero es que creo que se ha declarado un formidable incendio en la calle de Atocha y allí han acudido todos buscando información.

—Bueno, pues... muchas gracias por todo, y hasta mañana.

—Hasta mañana, joven; muchos recuerdos al tío. Ya mañana le diremos á usted la clase de trabajo que ha de hacer; me parece que por ahora, y aparte el trabajo de redacción que haga usted aquí por las tardes, le voy á encargar de la información de la Universidad. El que la hace ahora me tiene muy disgustado, pues resulta que se ha echado una novia en la calle de los Reyes, y se pasa las horas muertas hablando con ella, sin aparecer por la Universidad.

—Yo, en cuanto á eso...

—Ya lo sé, ya lo sé, su tío me ha asegurado que es usted una persona decente, sobre todo á fin de mes. ¡Hasta mañana, pues!

—¡Adiós, señor director, y muchas gracias.

Le dió una palmadita en el hombro y se perdió por los pasillos de la casa, taconeando como una cacatúa.

Javier bajaba la escalera de la vieja casa, con honores de palacio, sumido en un mar de confusiones.

Muy amable aquel señor Vallespina y muy lírico cuando le hablaba de su porvenir y de los encantos de la profesión, pero, ¡qué raro!, ni una sola alusión al sueldo que pensaba darle, huyendo como espíritu exquisito de todo lo que fuera hablar de intereses materiales. ¿Dónde habían quedado los cien duros mensuales y la plaza de redactor-jefe con que el joven había soñado, como mínimum, de sus aspiraciones? Aquél señor, que en su diálogo brillante no se había atrevido ni á ofrecerle un cigarro de cincuenta, tenía todas las trazas de un viejo prestamista metido á director de periódico.

A la tarde siguiente, en punto de las cuatro, presentóse Javier en la redacción de *La Nueva Era;* le pasaron á un salón grande, con tres balcones á la calle, y en cuyo centro había una mesa alargada, forrada de paño verde; varios tinteros y otras tantas plumas se espacian por ella, sobre la que había, además, varios periódicos y un par de tijeras enormes.

Joaquín Belda

Seis individuos escribían en la mesa grande, y en otras dos pequeñas que había en los rincones, se hallaban instalados dos caballeros: uno joven, con barba negra, escribía nerviosamente, entre sorbos de una taza de café, y que, según luego supo, era el secretario de redacción; el otro, de más edad, semicalvo y con unos sutiles lentes de oro, rasgaba las cuartillas muy pausadamente y con la cabeza casi metida en el papel.

Vallespina les fué presentando al recién llegado.

—Don Javier Escosura, nuevo redactor del periódico.

Estaba cohibido, azorado, como gallina en corral ajeno, un joven casi imberbe con aire de suprema petulancia le acogió con una sonrisa proctectora.

—¿Es usted pariente de Escosura?

—Hijo, sí señor; da esa casualidad.

—Pero, ¿de Escosura el diputado?

—No, no señor; estos son otros Escosuras.

El joven petulante, al oir esto, pareció retirarle de pronto toda su protección. Le volvió la espalda y continuó hinchando un telegrama.

Le dijeron los nombres de todos; Marmolejo, el cronista de Tribunales; Esparza, encargado de la información palatina; Vallalonga, el financiero de la casa, un hombre que hubiera sido ya varias veces ministro de Hacienda si aquí se hiciera justicia al mérito, Torralba, el reporter de sucesos, gran camarada, según luego pudo ver, hombre jovial si los hay, siempre con el chiste en la boca y las tarjetas de casas non santas en el bolsillo.

---

(1) Del libro *El Pícaro oficio,* recientemente publicado por Joaquín Belda.

Al presentarle á don Crisanto García de la Fanosa, ó sea el redactor-jefe, éste, sin alzar apenas la cabeza del montón de cuartillas, largó un «Muy señor mío», grave y solemne que al joven le dejó helado; don Crisanto volvió en seguida á su trabajo, del que habían venido á distraerle con gran disgusto suyo.

Era un hombre serio y transcendental, que además de aquel puesto de redactor jefe, cuyas ganancias no eran muchas, tenía tres ó cuatro destinos del Estado en otras tantas juntas y comisiones, todas utilísimas para el bien de la Patria.

Terminadas las presentaciones, el director le colocó en el extremo de la mesa grande, y poniéndole delante un tintero y un manojo de cuartillas, le encomendó á las manos pecadoras del joven petulante que hinchaba telegramas.

—Dígale usted á Escosura cómo ha de hacerlo.

—Sí, señor. Mire usted, es muy sencillo. Los telegramas, tal y como llegan á la redacción, no es posible insertarlos en el periódico; hay que ampliarlos; por ejemplo: mire usted éste de Pamplona: «Llegó capitán general tarde corrida miuras aplazada mañana cólico Joselito». Si lo ponemos así, va á parecer que dice: «Llegó el capitán general algo tarde a la corrida de los miuras, que ha tenido que aplazarse por un cólico de que ha sido víctima Joselito».

—¡Claro!

—Pues, no señor; hay que ampliarlo, hay que hincharlo, como decimos en el argot de redacción, y así pondremos: «Esta tarde ha llegado el capitán general de la región acompañado de su distinguida señora. Recibiéronle en la estación comisiones de los cuerpos y centros militares y un sobrino suyo que es canónigo de este cabildo. La corridas de miuras anunciada para esta tarde, ha tenido que aplazarse hasta mañana á causa de la indisposición que aqueja al espada Joselito. Se cree que lo que tiene el valiente espada sevillano es un cólico nefrítico, sin consecuencias desagradables por ahora».

—Comprendido. Verá usted.

Cogió el muchacho la pluma y el papel de los telegramas, y en media hora se hinchó siete. Cuando hubo terminado su misión, entregó las cuartillas á su maestro accidental. Este las leyó de prisa, y no pudo menos de lanzar á Javier una mirada de asombro. ¿Quién era y de dónde había salido aquel muñeco que, el primer día de trabajar en su oficio, realizaba en unos minutos la tarea que á él le costaba todos los días sus tres horas largas, después de tres años de aprendizaje?... Iba á levantarse para depositar las cuartillas de Javier en el cesto que había ante el sitial del Director, cuando una consideración de amor propio le hizo detenerse.

—Está bien, amigo Escosura; sólo en este del extranjero se le ha escapado á usted un lapsus. No es extraño, porque como es la primera vez...

—Sí, es posible.

—A ver el original... Sí, eso es; aquí dice: «Fallecido alcalde Bremen». Y usted ha puesto: «En Bremen (Alemania) ha fallecido el alcalde á consecuencia de una hemoptisis». Esto de la hemoptisis está bien, pues no ha de venir la familia del muerto á rectificarnos, pero es que Bremen es el nombre del alcalde, que debe ser el de Londres, porque el telegrama viene de allí. Digo esto, porque yo no recuerdo que en Alemania haya ninguna población que se llame así.

—¿No?

—No, no; ahora estoy seguro. Hágame el favor de rectificar esto en esta forma: «Ha fallecido el alcalde de Londres, mister Bremen, etcétera, etc.»

Y lo rectificó. ¿Por qué no? Probablemente á los lectores del periódico les daría lo mismo que el fallecido fuese un alcalde que otro, y aun que toda la ciudad de Bremen hubiese muerto á consecuencia de una epidemia. Por cosa tan nimia, no valía la pena de reñir una batalla geográfica con un compañero de redacción, el primer día de entrar en ella.

Sólo que al salir aquella noche á la calle, iba él un poco desencantado; ya era periodista, ya pertenecía oficialmente al gremio de luchadores de la pluma, no por broma y afición como los fundadores de *El Trueno*, sino por formal consagración de quien podía conferirle la sagrada investidura; y aquella noche, las letras de molde de la columna telegráfica de *La Nueva Era*, anunciarían calladamente al público el nacimiento de este nuevo cruzado de cuartillas, llamado indudablemente á grandes destinos.

Su debut le conmovía hondamente, y por feliz asociación de ideas pensó cuán poco se había llevado con aquel otro debut de Maruja en el restorán de la Bombilla, de aquella maruja que antes de caer plenamente en sus brazos la tarde memorable, no había hecho con los hombres más que jugar... ¡Jugar! Como él con las letras en las columnas de *El Trueno*.

Sólo que si toda la poesía del oficio era aquella de la hinchazón de telegramas. Pero no, era pronto para juzgar: aquello sería el aprendizaje natural de todas las profesiones, el noviciado de los religiosos de la letra molde, que él habría de pasar para no ser una excepción.

Y pensaba en aquel otro noviciado de Maruja, que duró dos años, por los lechos más ó menos inmundos de las cuevas del Amor.

peor para Naná, propietario de ella misma.

A partir de entonces, la enamorada pareja vivió una vida intensa, emotiva, que más de un día tuvo por amanecer una bofetada y por crepúsculo vespertino violentas crisis de lujuria, que se resolvían á besos mortales...

Hasta que voló Rafael, llevándose en el pico el verde ramo de una esmeralda, de la última joya que cierto anciano libidinoso regaló á Naná la noche de su debut, de su debut como artista, bien entendido.

A poco de la desaparición de Rafael, un periódico catalán publicó su retrato, entre otros varios que la policía barcelonesa hizo insertar con el título de «hombres peligrosos». Se le había fichado en el Gabinete antropométrico de la Jefatura, y en la tarjeta, con letra bastardilla, leíase esta inscripción: «Rafael Casañas, íntimo confidente de N***, portero de la calle del Conde del Asalto: muy peligroso».

Naná, desolada en un principio, reaccionó después. No era cosa de desesperarse: se lo decía bien claramente el espejo A fin de cuentas, aun había calles entre las Ramblas y El Paralelo. . y gente en las calles.

Por de pronto, en lo que se orientaba, dormiría sola. Se imponía el descanso.

Y he aquí porque mientras á primera hora de esta mañana, todo el barrio se ha estremecido ante la explosión de una bomba en la Boquería, y mientras se pronuncia con espanto el nombre de Rafael Casañas, Naná, la Cazadora, dormía sola mostrando al cielo su cara de virgen tranquila.

CÉSAR JALÓN.

PRIMOROSAMENTE ENCUADERNADAS, CON LUJOSAS TAPAS ESTAN PUESTAS A LA VENTA COLECCIONES DE «EL LIBRO POPULAR» DEL AÑO 1912 Y DEL PRIMERO Y SEGUNDO SEMESTRE DE 1913 CONTENIENDO CADA UNA DE ELLAS VEINTICINCO NOVELAS COMPLETAS

Precio de cada colección encuadernada: 7 ptas.
Tapas sueltas para encuadernar: 1,50 ptas.

Paseo de las Delicias, 60.—Madrid.

Imprenta de EDICIONES "ESPAÑA,, (S. A.)

EN ESTA IMPRENTA SE HACE TODA CLASE DE PERIODICOS, FOLLETOS, CIRCULARES, FACTURAS, CARTAS COMERCIALES A PRECIOS ECONOMICOS

PASEO DE LAS DELICIAS, 60
Apartado 547. Teléfono 1.843.

Agentes exclusivos en Sud América, MASSIP Y COMPAÑIA, Rivadavia, 698.—Buenos Aires

El Libro Popular

Revista Literaria

MARCA REGISTRADA

Publica todos los martes una novela completa é inédita, ilustrada por los mejores dibujantes.

Director: ANTONIO DE LEZAMA

NÚMEROS PUBLICADOS

AÑO PRIMERO

1. Infanticida, por Joaquín Dicenta.—2. En las cavernas, por la Condesa de Pardo Bazán.—3. En la Manigua, por Luis Morote —4. La hora de la caída, por A. de Hoyos y Vinent.— 5. El crimen de la calle de Tudescos, por C. Miranda.—6 Inés de Magdala, por Antonio Zozaya.—7. La Cofradía de la pirueta, por Emilio Carrére.—8. ¡Redención!, por Joaquín Dicenta.—9. Historia del Papa Abdón y de su hermano gemelo, por Antonio Domínguez.—10. La indecisa, por Carmen de Burgos.—11. El náufrago, por Felipe Trigo.—12. El anacoreta, por Sinesio Delgado.—13. El caso del doctor Iturbe, por R. López de Haro.—14. La primera mosca, por Antonio Viérgol.—15. El aderezo, por Eduardo Zamacois.—16. El alma inexorable de San Schenudi, por E. Gómez Carrillo.—17. De telón adentro, por Ramón Asensio Más.—18. La Montaraza de la Golosa, por Manuel F. Villegas.—19. La mujer del muerto, por El duende de la Colegiata.—20. La reina no ama al rey, por Eugenio Noel.—21. El sabor de la sangre, por José Francés.—22. A merced del viento, por Angel Guerra.—23. El misterio de los ojos claros, por Pedro Mata —24. La justicia del mar, por Carmen de Burgos.—25 Una vida, por Javier Bueno.

AÑO SEGUNDO (TOMO PRIMERO)

1. El hampón, por Joaquín Dicenta.—2. El milagro, por Vicente Blasco Ibáñez.—3. El retorno, por Antonio de Hoyos y Vinent.—4. Flérida, por Cristóbal de Castro.—5. El amor de Doria, por R. López de Haro.—6. Del abismo, al amor, por Benigno Varela.—7. Su Majestad, por José Francés.—8 La intrusa, por Manuel Bueno.—9. La araña, por Ramón Pérez de Ayala.—10. El ruso, por Ramón Gómez de la Serna.—11. A los treinta años, por Eduardo Zamacois.—12. La primera de abono, por A. de Hoyos y Vinent —13. Los piratas de los barrios bajos, por E. Noel.—14. Chamberí, por Fuencarral, por Pedro de Répide.—15. Mi Dulcinea, por Carlos Miranda.—16. Tres líneas del «Matín», por Alberto Insúa.—17. El obstáculo, por Luis de Val.—18. La piel, por A. Hernández Catá.—19. El robo en la joyería de la calle Real, por Eduardo Barriobero.—20. El caballo blanco, por J. Francos Rodríguez.—21. Su Excelencia, por Pompeyo Gener.—22. Un veterano, por Roberto Molina.—23. El pecado de Claudina, por José Reygadas.—24. La Venda, por Miguel de Unamuno.—25. El bisnieto del héroe, por A. Martínez Olmedilla.

AÑO SEGUNDO (TOMO SEGUNDO)

26. El niño judío, por A. Guimerá.—27. La señorita Baby, por E. Zamacois.—28. La guapa de Cabestreros, por Fernando Mora.—29. El Charrán y Flora la Valdajo, por E. Noel.—30. En memoria de Víctor Bruzón, por Alberto Insúa.—31. Noche de juerga, por A. Larrubiera.—32. Los invencibles, por Felipe Trigo.—33. La paz del alma, por Antonio de Hoyos y Vinent. 34. Episodios de las guerras de Africa, contados por mi caballo, por Leopoldo Bejarano.—35. Página rota, por Joaquín Dicenta.—36. El Gachó del Arpa, por Vicente Díez de Tejada —37. Los cigarrillos del duque, por Pedro Mata.—38. El sacrificio de un ingenuo, por Gonzalo Morenas de Tejada.—39. El bien perdido, por Luis Brun.—40. Cambio de conversación, por E. Ramírez Angel.—41. El baile de Panaderos, por Joaquín Dicenta (hijo).—La despedida de «Bombita», por don Sincero (número extraordinario).—42. La retirada del ídolo, por A. Martínez Olmedilla.—43. Los dos cenicientos, por José Ferrándiz —44. El Tenorio en Lavapiés, por Joaquín Belda.—45. La cigarra canta..., por Rafael Leyda.—46. En lo mejor de la vida..., por Diego San José.—47. Los tres dolores de María Magdalena, por Cristóbal de Castro.—48. La víctima, por Roberto Molina.—49. El arte de fumar en pipa, por Emilio Carrére.—50. Historia de una peseta contada por ella misma, por Antonio M. Viérgol.—51. El asesinato de Sarah Bernhard, por Prudencio Iglesias Hermida.—52. Vida de un fenómeno, por E. Noel.

AÑO TERCERO

1. El amor, la codicia y la muerte, por Rafael López de Haro.
2. Bajo el sol del desierto, por Isaac Muñoz.
3. Muerte y sepelio de Fernando el *Santo*, por Fernando Mora.
4. De cómo suceden las cosas, por Luis Huidobro.
5. La comida del buho, por Federico Trujillo.
6. El rival, por Alberto Insúa.
7. La carga de Taxdirt, por Víctor Ruiz Albéniz.
8. El crimen de Beira-mar, por Sofía Casanova.
9. Los toreros de invierno, por A. de Hoyos y Vinent
10. El sapo romántico, por F. Mirabent Vilaplana.
11. Malos amores, por Carmen de Burgos
12. Entre dos derechos, amor, por Jesús R. Coloma.
13. El Anticristo, por Ramón Perez de Ayala.
14. La defensora del Rey, por Benigno Varela.
15. La caída de Isabel II, por Carlos Miranda.
16. El laberinto, por Alfonso Hernández Catá.
17. Todos gorriones, por E. Ramírez Angel.
18. El libro de memorias, por Diego San José.
19. El pecado de Sor Rafaela, por S. Pey Ordeix.
20. La mujer de los dos, por Rafael López de Haro.
21. La señorita, por Alberto Valero Martín.
22. El pecado de David, por Adolfo Marsillach.
23. Bu-Suifa, por Ruiz Albéniz.
24. La libertadora, por Enrique González Fiol
25. La procesión del Santo Entierro, por Antonio de Hoyos y Vinent.
26. Frasco, la tonta, por Carmen de Burgos (Colombine).

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.)